

LA EXPOSICION IBEROAMERICANA DE 1929.
SUS ORIGENES: UTOPIA Y REALIDAD
EN LA SEVILLA DEL SIGLO XX

por

ALFONSO BRAOJOS GARRIDO

Fiel a una honestidad que me parece obligada, he de manifestar con sincero rigor que el contenido de estas páginas procede de las reflexiones formuladas en el primer borrador de un trabajo sobre la Exposición Iberoamericana, cuya elaboración ocupa actualmente parte de mi tiempo.¹ Y he de referir también que, en su base y propósitos, dicha obra se sitúa dentro de los objetivos de un equipo de investigadores que, dirigido por el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Hispalense, don Octavio Gil Munilla —hombre de profundos vínculos hacia la Universidad de Santa María de la Rábida—, asumió años atrás la tarea de conocer con exactitud el proceso y naturaleza del Certamen de 1929. Equipo de universitarios que ofrecerá hoy aquí, junto a otros eminentes profesores y especialistas, la perspectiva de sus conclusiones iniciales.

Siendo así, y en la voluntad de una simple explicación introductoria, voy a matizar brevemente la razón original que alentó semejante empeño, ya que, al margen de las vicisitudes

¹ Se trata de *La Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 en el testimonio oral*.

que mediatizaron a Gil Munilla hasta obligarle a modificar en determinado momento el esquema primitivo de su proyecto, lo cierto es que la idea patrocinada por él, por su carácter científico, mantiene en la fecha presente innegable vigor. Estribaba —y del todo conserva la intención— en el deseo de subscribir una aportación centrada en el estudio de la auténtica realidad de la muestra iberoamericana, en respuesta al compromiso de insertar al siglo XX sevillano en el ámbito temático de la investigación y como contribución de la Universidad a la posible conmemoración del Cincuentenario de la gesta de 1929. Pero, consistía fundamentalmente en el anhelo por la confección de un trabajo de Historia, entendida ésta como la ciencia del hombre en su dimensión temporal y en el criterio firme de que la apreciación de los hechos históricos ayuda a comprender y a fijar la condición libre y polifacética del ser humano.²

Esto ocurría en 1974; y he de confesar que, personalmente, concienciado de que el historiador se halla en la obligación de diferenciar, de definir la interrelación habida entre casualidades múltiples, acepté de inmediato mi parte de responsabilidad en aquel programa, atraído por la garantía de un prestigioso magisterio y por cuanto representaba ese capítulo inédito en el curso de la Sevilla contemporánea. Me vinculé, pues, desde entonces al análisis de un suceso que, además, conducía de modo irreversible a la penetración en los problemas de la España de Alfonso XIII y a clarificar las conexiones entre ésta y el rumbo de los acontecimientos mundiales a lo largo de las primeras décadas de la centuria. Y si la misión del historiador radica en valorar datos, he de admitir sin reservas que mi interés remoto se acentuó en la medida en que diversos estudios, próximos o no al horizonte alumbrado por Gil Munilla, comenzaron a descubrir extremos acerca de lo que fue y significó el episodio iberoamericano de 1929. Y no deja de ser paradójico que en 1976-1982 se actuase aún lejos

2 Vid. Gil Munilla, Octavio: *Prólogo* a Rodríguez Bernal, Eduardo: *La Exposición Iberoamericana en la Prensa local. Su génesis y primeras manifestaciones (1905-1914)*, Sevilla, Ed. Diputación, 1981.

de la presión ejercida ahora por la Exposición de 1992 y que se operara sólo con el fin de extraer consideraciones sujetas al juicio único de la crítica histórica.

* * *

Tal observación preliminar permite el que se pueda entender, en términos correctos y como algo notable, la existencia ya de una serie variada de enunciados que configuran la entidad real de tan específica muestra, cuyo proceso de culminación se prolongó por espacio de veinte años (1909-1929).³

En efecto, en 1976, Camilo Lebón afirmaba que la Exposición celebrada en Sevilla debía de calificarse de «espectacular», «la realización más importante llevada a cabo por el Ayuntamiento en lo que va de siglo, después de la traída de agua», y que la «consecuencia más beneficiosa para la ciudad,

3 Sobre la Exposición Iberoamericana pueden consultarse, además de la obra anteriormente citada de E. Rodríguez Bernal, los siguientes trabajos:

Real Balbuena, Fernando: *La Exposición Ibero-Americana. Origen y gestación de la magna empresa*, en «ABC» de Sevilla treinta y dos artículos, de 30 de agosto a 12 de octubre de 1961; y en «El Correo de Andalucía» cuarenta y tres artículos, de 2 de agosto a 26 de septiembre de 1963.

González Dorado, Antonio: *Sevilla. Centralidad regional y organización interna del espacio urbano*, Ser. de Estudios del Banco Urquijo en Sevilla, Ed. Moneda y Crédito, Madrid, 1975, especialmente el punto «El urbanismo de la Exposición», págs. 346-354.

Lebón Fernández, Camilo: *La Hacienda del Municipio de Sevilla. (Evolución y crisis actual)*, Sevilla, Ed. Universidad, 1976, apéndice núm. 3, págs. 454-478.

Villar Movellán, Alberto: *Arquitectura del Modernismo en Sevilla*, Sevilla, Ed. Diputación, 1973; y *Arquitectura del Regionalismo en Sevilla. 1900-1935*, Sevilla, Ed. Diputación, 1979.

Laguillo, José: *La Exposición Ibero-Americana en el sentir de un periodista sevillano*. Introducción y notas, Alfonso Braojos Garrido, en «ABC» de Sevilla, 1 a 23 de mayo de 1979.

Pérez Escolano, Víctor: *La Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929. Una aproximación*, en «E.M.U.», núm. 57, Barcelona, junio 1979, págs. 36-39.

Laguillo, José: *Memorias. Veintisiete años en la dirección de «El Liberal» de Sevilla. 1909-1936*, edición de Alfonso Braojos Garrido, Sevilla, Ed. Universidad, 1979, págs. 234-235 y 280-288.

Trillo de Leyva, Manuel: *La Exposición Iberoamericana. La transformación urbana de Sevilla*, Sevilla, Ed. Ayuntamiento, 1980.

Cabeza Méndez, José María: *La Exposición Iberoamericana y los Aparejadores*, Sevilla, Ed. Col. Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1982.

Ayza, Ramón, Barón de Tormoye: *La Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929-1930)*, en «Feria de Dos Hermanas», 1983, págs. 66-73.

Vega Benayas, Sofía de la: *Las Exposiciones de 1929 y 1992: su semblanza y alcance en Sevilla y su centro urbano*, en «Revista de Estudios Andaluces», núm. 4, Sevilla, 1985, págs. 67-86.

Conste también la existencia de una Tesis de Licenciatura inédita elaborada por Teresa Solano en la Universidad Complutense de Madrid sobre la Exposición; no he podido consultarla.

aparte del Certamen mismo, fue el conjunto de reformas y construcciones efectuadas a los largo de 15 años aproximadamente». ⁴ En idéntica línea, Víctor Pérez Escolano, en 1979, destacando su orientación como «empresa catalizadora», argumentaba: un «esquema director de crecimiento, dos millares largos de viviendas en barrios del extrarradio..., la *transformación* de una ciudad detenida en el tiempo, un parque y un conjunto emblemático, *otra* Sevilla /es la/ que compone la Exposición Iberoamericana. Ciertamente, es mucho, todo, para la historia urbana de la Sevilla contemporánea». ⁵

A su vez, también en 1979, Villar Movellán distinguía: «La Exposición Ibero-Americana, con su largo desarrollo y el señuelo de grandes esperanzas, fue, desde luego, un acicate de vital importancia para la ciudad, una sombra que se ilumina de cuando en cuando pero que siempre está presente, como ilusión o como pesadilla,... hasta la eclosión de 1929». ⁶ Desde otro ángulo, en 1980, Trillo de Leyva la hacía sobresalir como «la cómplice del actual subdesarrollo sevillano». ⁷ Y por último, Rodríguez Bernal, en 1981, la conceptuaba el «motor de la profunda metamorfosis que representó el tránsito hispalense al siglo XX». ⁸

Aseveraciones de este tipo, planteadas exclusivamente desde la visión de la metrópoli andaluza, derivan, qué duda cabe, hacia el convencimiento de que la Exposición Iberoamericana de 1929 supuso algo excepcional para Sevilla. Es más, similar deducción se obtiene si, pese a su lógica parcialidad, se otorga un mínimo de crédito a los testimonios redactados en la época. Por ejemplo, en pleno 1929 y tras cuatro lustros de esfuerzo, para uno de sus promotores, Narciso Ciurriz, el Certamen, por sus méritos, quedaba ya inscrito en la historia «como una de las páginas más brillantes de la ciudad»; ⁹ para

4 Lebón Fernández, C.: op. cit., págs. 77 y 454.

5 Pérez Escolano, V.: op. cit., págs. 37-39.

6 Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, pág. 15.

7 Trillo de Leyva, M.: op. cit., pág. 120.

8 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., pág. 7.

9 Ciurriz, Narciso: *Origen y primeros trabajos de la Exposición Ibero-Americana*, Sevilla, Tip. Española, 1929, en carta-prólogo dirigida al Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

el periodista José Laguillo, en el acto de inauguración, el 9 de mayo de aquel año, se asistía a un «bello sueño acariciado por la ciudad que con mejor y más derecho debía sentir en su espíritu el espíritu americanista»;¹⁰ y según el último Comisario Regio, Carlos Cañal, con la ceremonia de clausura el 21 de junio de 1930 se señalaba «el punto de partida de los futuros esplendores que Sevilla espera alcanzar, ungida ya, en definitiva, como sede del iberoamericanismo».¹¹

Así pues, ensalzada por quienes la secundaron sin desmayo, tema de debate aún antes de concluir¹² y blanco del reproche de un círculo de republicanos que con cierta carga demagógica la contemplaron como manifestación capciosa del decadente régimen monárquico y de la megalomanía del dictador Primo de Rivera, todo tiende a coincidir en que la Exposición constituyó asunto de rasgos específicos dentro de la historia de Sevilla y de España; todo tiende a exteriorizar que, con sus notorios logros y su herencia desventurada, combinó, en la magnitud de su trama, elementos muy positivos y situaciones negativas de difícil solución; todo da a entender, en suma, que articuló fuerzas y factores de controvertidos efectos desde que se concibió la idea allá en 1909 hasta su materialización e, incluso, luego, durante el gobierno de la República y bajo las fechas siguientes hasta nuestros días.

En síntesis, una heterogénea conjunción que se tradujo, de un lado y cuando menos para Sevilla, en elevadas inversiones económicas, en un bloque consistente de mejoras urbanísticas y en una imagen monumental de extraordinaria belleza. De otro, en un crónico paro obrero nacido de la no corregida

10 *Se ha inaugurado la Exposición Ibero-Americana. Una labor de veinte años*, en «El Liberal» de Sevilla, 10 de mayo de 1929, pág. 1.

11 *Con la solemnidad requerida se celebró ayer la clausura del magno Certamen sevillano. Discurso de Carlos Cañal*, en «El Liberal» de Sevilla, 22 de junio de 1930, pág. 8.

12 Aludo aquí al debate suscitado por el concejal del Ayuntamiento de Sevilla, Manuel Giménez Fernández, a comienzos de 1930 y que dio lugar a una moción suscrita por diecisiete capitulares y aprobada por el Pleno municipal de 3 de junio de 1930. Su contenido lo editó el 15 de octubre de 1930 Giménez Fernández, bajo el título *Informe sobre las relaciones económicas con la Exposición Ibero-Americana y Propuesta para exigir responsabilidades por los acuerdos lesivos al interés municipal que presenta al Excmo. Ayuntamiento de Sevilla el concejal representante del mismo en la E.I.A....*, Sevilla, 1930.

inflación poblacional; en la dura exigencia de responsabilidades político-administrativas;¹³ en la demolición de un sector de área edificada;¹⁴ en la bancarrota del Ayuntamiento amparado en su angustia financiera por la Ley de Auxilio de 1934-35 y tras las medidas proteccionistas vigentes hasta el 2003;¹⁵ y en la frustración ante un iberoamericano fugaz, frágil, retórico y sin alcance posterior, distinto del que la ciudad ansió en un principio en virtud de su autoproclamación como capital universal en aras de la trascendencia y riqueza de su patrimonio y de su historia.

De hecho esta es la amplia y compleja plataforma que permite diseñar hoy un perfil aproximado de la problemática inherente a la Exposición Iberoamericana. De modo concreto, una odisea de singular relieve, cuya envergadura ha conservado la popularidad entre la población sevillana, ya por la nostalgia de aquel transitorio resplandor o la impronta de sus huellas arquitectónicas y de jardinería, ya —en la postura crítica— por el diálogo sobre si cuanto coincidió allí brotó del deseo de bien hacia Sevilla y en pro de una sincera concepción de lo iberoamericano o de un forzado y artificioso andamiaje para ostentación del poder y goce de los intereses de la minoría social tutelada por él; o de ambos núcleos a la vez.

De cualquier forma, pienso que absurdo sería inmovilizarse en la creencia de que el nivel actual de conocimientos en torno a la Exposición abarca sólo el trazo de ese escueto perfil. Estoy convencido de que hoy se prende una fase que, de seguro, habrá de revelar en corto plazo los detalles de aquella colosal singladura, aunque como freno actúen los todavía escasos estudios relativos a la Sevilla del primer tercio del siglo. Y desde esta posición, colmada de confianza, voy a reflexionar a continuación acerca de los orígenes del Certamen y

13 La exigencia de responsabilidades se canalizó a través del llamado «Expediente Peiró». A él alude José Laguillo, *Memorias*, págs. 234-235.

14 La relación de pabellones demolidos la inserta Cabeza Méndez, José María: op. cit., págs. 55-59. Son los indicados con (D).

15 Lebon Fernández, C.: op. cit., págs. 473-477. Según información que me facilitó el Profesor C. Lebon, la prórroga de los «recargos centesimales» —en principio fijada hasta el año 2003— quedó suprimida por la ley de Reforma Tributaria de 26 de diciembre de 1997.

de lo que, a mi juicio, cobijó de utópico y de real, no sin antes establecer una somera consideración sobre el carácter contemporáneo de las Exposiciones.

* * *

Sin distanciarme del borrador del trabajo que ya anuncié, empezaré por decir que las grandes experiencias exposicionales surgen como dimanación específica del período inaugurado a mediados del siglo XIX, cuando los avances económico-técnicos, el industrialismo y las elevadas tasas de producción reciben el clamor de una sociedad autopotenciada desde la garantía de hallarse en posesión de las «claves» del progreso. Así, la Revolución Industrial condujo a la instrumentalización de un tipo de feria ignorada hasta entonces, la *Exposición*, un escenario montado hacia la publicidad de la producción, el comercio y la capacidad artística. Interpretadas de este modo, las Exposiciones encarnarían el símbolo de una era abierta en Londres en 1851 y cerrada en un primer momento en París en 1937, en opinión de Julián Gállego.¹⁶ Con todo, en la larga lista de treinta y tres manifestaciones de este carácter celebradas entre ambas fechas¹⁷ debe situarse asimismo la existencia de unos fines «político-propagandísticos», al igual que la ilusión de cómo su poder de convocatoria se traducía en la hermandad temporal de los concurrentes, en el prestigio del país organizador y en el procedimiento idóneo para que las ciudades marco de la exhibición mejorasen en breves fechas sus recintos urbanos.

Ciertamente, ese abigarrado haz de vectores confirmaría a las Exposiciones como producto de agentes exclusivos de la contemporaneidad, toda vez que la creciente interdependencia de mercados a escala mundial sentó la justificación para la competencia en citas donde se ensamblaban periódicamente

16 Gállego, Julián: *Prólogo* a Martín, Fernando: *El pabellón español en la Exposición Universal de París de 1937*, Sevilla, Ed. Universidad, 1982, pág. 11.

17 La relación de esas treinta y tres Exposiciones es elaboración personal. Sobre ellas puede consultarse *Le livre des Expositions Universelles. 1851-1889*, París, Ed. des Arts Decoratives, 1983, con amplia bibliografía en págs. 345-350.

el orgullo nacionalista y «fraternos» o interesados entronques internacionales. Y esto sin descartar que una ciudad no industrializada pudiera ser la tribuna sobre la que se alzase un certamen de ese género.

En tal clima, resulta difícil imaginar que España y, por descontado, Andalucía permaneciesen ajenas a semejante fiebre exposicional. En este sentido, y al margen de lo que hubo tras la Universal de Barcelona de 1888, llamo la atención sobre que industriales sevillanos concurren a las de Londres (1862), Viena (1873), Filadelfia (1876), París (1878) y a la antes citada de Barcelona; e, igualmente, sobre que la capital hispalense, además de la feria ganadera de abril inaugurada en 1847, organizó y fue sede de siete exposiciones de diversa naturaleza en la segunda mitad del siglo XIX: agrarias, ganaderas y de maquinaria agrícola, en 1857, 1878, 1880 y 1889; de plantas y flores, en 1896-97; de cerámica, en 1898; y la Bético-Extremeña, en 1874.¹⁸

Y llamo la atención también sobre que a esto hay que añadir cuatro acciones de muy sobresaliente contenido. Una, el viaje a Londres, en 1863, a la Exposición Universal, del catedrático de Mecánica Industrial don Emilio Márquez Villarroel, bajo el auspicio del Ayuntamiento, al objeto de elaborar un proyecto de «certamen similar a celebrar en Sevilla». La segunda, la moción presentada al Municipio en 1892 por don Manuel Gómez Imaz, solicitando para la capital una Exposición de Artes Industriales.¹⁹ La tercera, otra nueva moción del concejal don José Juliá Barra, en 1901, para que Sevilla acogiera una Exposición Nacional en 1904.²⁰ La cuarta, la presencia con gran éxito de tres industriales locales (Llorent, Torre Lanzas y Noel) en la Exposición de San Luis, en 1905-6.²¹

18 Salas, Nicolás: *Sevilla. Crónicas del siglo XX*, Sevilla, Ed. Universidad, 1976, págs. 101 y 108; y *Las Ferias de Sevilla*, Sevilla, Ed. Ayuntamiento, 1974, págs. 34, 138-139, 156-157, 161 y 246-247.

19 *Ibidem*: *Las Ferias...*, págs. 36 y 160.

20 Vid. *Proyecto de Exposición Nacional en Sevilla. El Cabildo de hoy*, en «El Porvenir» de Sevilla, 14 de septiembre de 1901, pág. 2. Este periódico se ofreció a «tratar esta cuestión»; sin embargo, tras ser estudiada la moción en Comisión, no halló eco alguno.

21 Vid. *La Exposición de San Luis. Los expositores españoles premiados*, en «El Porvenir» de Sevilla, 10 de octubre de 1906, pág. 1.

A la luz de esas iniciativas, ha de admitirse, sin duda, que no ya España sino la propia ciudadanía hispalense confió en aquellos experimentos, observándolos como dispositivos capaces de promover el desarrollo en los diversos órdenes. Es más, en la proximidad de las muestras que se sucedieron en Cádiz (1872 y 1879), en Granada (1903) o en Córdoba (1904) se señala el existir de unas inquietudes que, en un momento, podían suscitar el intento de otra empresa análoga a aquéllas pero de dimensión sin precedentes. Para el foco sevillano, lo aquí subrayado vendría a esclarecer algo de lo que subyace en la idea de la Exposición Iberoamericana.

Sin embargo, constatado figura que la organización en Sevilla de una Exposición Internacional Hispano-Ultramarina —denominada igualmente Exposición Internacional «España en Sevilla» o Exposición Internacional Hispano Americana— es pensamiento concebido dentro de las circunstancias coincidentes en la capital hispalense entre 1905 y 1909; o sea, en la distancia entre la «Exposición de Productos Sevillanos e Industrias Agrícolas, Vinícolas y Mineras de la Provincia» y la presentación pública del proyecto de aquélla por Luis Rodríguez Caso el 25 de junio de 1909. Los estudios que abordan este punto —el de Rodríguez Bernal resulta el más minucioso— concluyen en esa afirmación y, como cabe suponer, ninguno cae en el error de plantear que tamaño reto respondió sólo a la casualidad de una simple iniciativa individual. Con todo, no explican pausadamente cómo se ensamblaron las piezas capaces de promover la aceptación de un desafío de tan singulares rasgos. Por ello, voy a resumir qué puede argumentarse en torno a lo sucedido.

* * *

De entrada, hay que situarse ante dos hechos incontrovertibles. Uno, que el propósito de una Exposición Hispano Americana se fijó en Madrid en 1898 por parte de la Unión Ibero-Americana, entidad presidida por Faustino Rodríguez Sampedro. Otro, que, mientras ese proyecto se hallaba para-

lizado aún en 1909 —Madrid sí celebró la Exposición de Pequeñas Industrias en 1901—, en Sevilla y en el seno del Ayuntamiento cundía la tentativa de sacar adelante un certamen en la línea de los instado por Gómez Imaz en 1892 o José Juliá en 1901.

Realmente, no deja de ser significativo que, en los días de la «Exposición de Productos Sevillanos» de 1905, cierto periódico mencionara las experiencias de las Internacionales de Filadelfia (1876) y París (1889 y 1900); y cómo en el interés por su éxito y sobre el aplauso de su resultado cristalizó una sólida comunión de pareceres entre los hombres del municipio, un sector destacado del comercio y la industria locales y la prensa, coincidentes en elogiar el eficaz gesto participativo en aquel montaje del comandante de Artillería y gerente de la fábrica de vidrios «La Trinidad», don Luis Rodríguez Caso.

De igual modo, debe concederse especial importancia a la preocupación habida por los problemas hispalenses entre los miembros de la tertulia afecta a éste y al carácter de ensayo otorgado a la antes citada exhibición, en la firmeza de que Sevilla tenía que acoger un certamen de mayor altura. Finalmente, conviene no olvidar cuanto representó 1908 —Centenario de la Guerra de la Independencia—, con la Exposición Hispano Francesa de Zaragoza y la fiesta de «España en Sevilla» con su patriótico homenaje de «glorificación» a la bandera, así como el clima desatado en la ciudad en las jornadas próximas al discurso de Rodríguez Caso el 25 de junio de 1909, punto de arranque de la Exposición Iberoamericana con la adhesión inmediata de los cónsules hispanoamericanos y, a lo largo de 1909-1910, de las «fuerzas vivas» de la capital andaluza a más de la conformidad del Gobierno.²²

Por tanto, la cuestión la reduzco a confirmar que lo promovido en Sevilla en el plazo de esos años, con Rodríguez Caso y su grupo como vanguardia de excepción, constituye la base desde la que la ciudad dio el paso hacia la Exposición Iberoamericana. Según creo, varios factores intervendrían

22 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 37-152.

anudados ahí, en el común denominador de la búsqueda de un beneficio para Sevilla e, incluso, para España a través de Sevilla. Permítaseme que los puntualice someramente.

* * *

En primer lugar, debe mencionarse la confianza de la población sevillana en la fórmula exposicional, estimada ésta como vía cara a impeler los bienes materiales de oferta hispalense. Las exposiciones locales, provinciales o interprovinciales celebradas en las últimas décadas del siglo XIX hubieron de pesar en el convencimiento general. Lo demuestra el texto del catálogo de la de «Productos Sevillanos» de 1905, considerando el «beneficio que pueden reportar a la industria en el transcurso del tiempo estos certámenes».²³ Además, no tiene que perderse de vista el que algunos sevillanos de entonces visitaron Exposiciones en España y en el extranjero. Consta, por ejemplo, que Rodríguez Caso viajó por Europa (Alemania, Austria, etc.); que José Laguillo —director del diario «El Liberal» desde diciembre de 1909— había conocido la de Barcelona de 1888;²⁴ y que Llorent, Torres Lanza y Noel concurren a la de San Luis.

Consecuentemente, parte de aquellos hombres supo de las ventajas de estas iniciativas y no se ha de descartar que, desde esa posición, abordasen el estudio de algo parecido para Sevilla. Máxime, si por la prensa les llegó la noticia de que en Barcelona se proyectaba una Exposición Universal (1906)²⁵ y en Madrid una Exposición Nacional Permanente (1907),²⁶ como encadenadas a la Exposición Hispano Francesa de Zaragoza

23 *Catálogo de la Exposición de Productos Sevillanos e Industrias Agrícolas, Vinícolas y Mineras de la Provincia*, Tip. Fco. de P. Díaz, Sevilla, 1905.

24 Sobre Luis Rodríguez Caso, Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, págs. 183-186; y Rodríguez Bernal, E.: op. cit., pág. 45. Respecto de Laguillo, José: *Memorias*, introducción de Alfonso Braojos, pág. 25. Una vez concluido este trabajo, he hallado que, en efecto, Rodríguez Caso conoció la Exposición de Bruselas de 1897, según consta en *Sobre la Exposición*, declaraciones suyas reproducidas en el bisemanario «El Ultimo», de Sevilla, en 27 de septiembre de 1911, pág. 1.

25 Vid. *Noticias Generales*, en «El Porvenir» de Sevilla, 20 de diciembre de 1906, pág. 2.

26 Vid. *La Exposición Nacional Permanente en Madrid*, en «El Porvenir» de Sevilla, 21 de junio de 1907, pág. 1.

(1908),²⁷ una Española en Londres (1909)²⁸ y la Regional de Valencia (1909).²⁹ Así pues, goza de sentido el que Rodríguez Bernal destaque que el diario «El Noticiero Sevillano» hiciera suyo el asunto en dos ocasiones: en 1908, reclamando «una gran exposición» para Sevilla y, en enero de 1909, divulgando lo fructífero de una Exposición Universal.³⁰ Más aún, este autor pone el acento en cómo en 1909 el presidente de la Diputación, Amores Ayala, poseía la intención de patrocinar una Exposición Regional idéntica a la de Valencia.³¹ A eso añadido el detalle de que, en 1908, la Cámara Agrícola hispalense hallábase interesada en que Sevilla fuera escenario de una Exposición Regional de Ganados bajo la dirección de la Asociación General de Ganaderos del Reino.³²

Afloran, ciertamente, unos testimonios que conducen a la conclusión de que, en un claro mimetismo, el tema pudo argumentarse del siguiente modo: si otras ciudades conseguían una Exposición Internacional o Universal aun siendo focos industriales de escaso nivel, ¿por qué Sevilla no iba a ser capaz de impulsar una? El carácter de «ensayo» de la de «Productos Sevillanos» de 1905 rubrica este parecer y en ese extremo la idea, consolidada en la tertulia de Rodríguez Caso, disponía, sin duda, de fundamento y resultaba brillante.

* * *

El segundo factor lo localizo en la voluntad, tal vez unánime, por hacer progresar la economía de Sevilla. Gómez Imaz, en su moción de 1892, había comentado los síntomas de «adelanto y cultura» que apreciaba en la capital y cómo

27 El sábado 2 de septiembre de 1907 hubo en la Casa Lonja una reunión de la Cámara de Comercio presidida por don Hilario del Camino para tratar de la concurrencia de la industria sevillana a la Exposición Hispano-Francesa a celebrar en Zaragoza en 1908.

28 Vid. *Exposición Española en Londres*, en «El Porvenir» de Sevilla, 22 de noviembre de 1907, pág. 1.

29 Vid. *Crónicas Valencianas. La Exposición Regional*, en «El Ultimo» de Sevilla, 22 de septiembre de 1909, pág. 1.

30 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 73-74.

31 *Ibidem*, pág. 69.

32 Vid. *Noticias Generales*, en «El Porvenir» de Sevilla, 3 de noviembre de 1908, pág. 1. Además de las ocho provincias andaluzas se pretendió comptometer en esa Exposición a Canarias y Extremadura.

mediante una exposición «prosperaría su industria»; y José Juliá, «las afectuosas relaciones comerciales que surgirán». Esta opinión la refleja también el Catálogo Oficial de la Exposición de 1905, donde se elucida el «renacimiento de la industria sevillana... bastante por sí sólo para atraer la atención de España entera».

Entiendo que semejantes afirmaciones, pese a su carga de énfasis localista, prueban el existir de un marcado optimismo respecto de las posibilidades industriales y comerciales de Sevilla a principios de siglo. Un optimismo que parece cundir también en el ánimo de los políticos municipales —dos concejales pertenecían a la tertulia de Rodríguez Caso, el liberal Manuel Corbato y el conservador Narciso Ciaurriz—, según se desprende de su conducta ante dos realidades notables: el apoyo a las exposiciones provinciales o regionales; y el interés por la determinación exacta de la competencia económica local, cuya Estadística confeccionó Ciaurriz en 1907.³³ Asimismo, contribuirían a esa expectación tanto el ascendente tráfico portuario —pasó de 690.000 tms. en 1900 a 1.141.700 tms. en 1906—,³⁴ cuanto la esperanza en que ese ejercicio comercial, exponente de buen pulso económico, se acrecentaría con la construcción de los nuevos muelles y acomodada la navegabilidad por el Guadalquivir tras las obras de la Corta de Tablada.³⁵

En sí, observo unos hechos que validan el pensamiento de que, si bien Sevilla no constituía un centro de inversión de importantes sumas a la búsqueda de la transformación de las estructuras productivas, en su condición de núcleo industrial y comercial de mediano nivel sí disponía en apariencia de perspectivas como para concienciarse en aquellas fechas acerca de que el crecimiento y el desarrollo económicos les eran asequibles sin necesidad de una ruptura violenta con los esquemas tradicionales. Veo que, conforme a este criterio, se movieron

33 Ciaurriz entregó ese documento al Ayuntamiento el 9 de enero de 1908. Vid. «El Porvenir» de Sevilla, 10 de enero de 1908, pág. 2. La noticia de ese diario decía: «consta de ocho volúmenes manuscritos y de él podrá sacar gran provecho la Administración municipal».

34 González Dorado, A.: op. cit., pág. 159.

35 Las obras se subastaron el 31 de julio de 1907 y dieron comienzo el 25 de mayo de 1909. Vid. Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, pág. 118, y Trillo de Leyva, M.: op. cit., págs. 26-31.

quienes, pensando conducir los estímulos hacia la obtención de amplias ventajas materiales, optaron en 1909 por el recurso de una Exposición Internacional.

* * *

Un tercer factor a significar lo emplazo en torno al carácter turístico de Sevilla. Trillo de Leyva destaca sobremañera este punto, pues, a su entender, la Exposición Iberoamericana sostuvo «decididamente el conocimiento de Sevilla como foco turístico». ³⁶ En el supuesto de que fuera así —y nada contradice la interpretación de este autor—, el caso es que Sevilla en 1900 gozaba ya de una dimensión turística asentada por los viajeros románticos sobre la base de su patrimonio artístico-monumental y de su ambiente costumbrista, con la imagen de un folklorismo categorizado en el tópico.

De la magnitud del movimiento turístico en la ciudad en aquella fecha se ignora todo; pero, sí consta que el nombre de Sevilla aparecía en las guías y catálogos de propaganda y que la prensa registraba el nombre de los extranjeros hospedados en ciertos hoteles. Ha de imaginarse, por tanto, que la visita de forasteros se entendiera como algo normal y más en las jornadas de las fiestas primaverales. Al calor de esa realidad responderían los proyectos trazados entonces cara a consolidar una industria turística firme y estable, que contribuyese con sus beneficios a la mejora de la población: los de Vicente Narbona y Luis Lerdo de Tejada, «Sevilla, ciudad de invierno» y «Sevilla, estación de invierno» (1900); el de Enrique Lluria, «Proyecto de ensanche y estación invernal e implantación de los Juegos Atléticos» (1901); y el de Ricardo Velázquez Bosco, «proyecto de ensanche de Sevilla y Estación Invernal en terrenos particulares» (1902). No hay que olvidar, por otra parte, que Sevilla contaba desde marzo de 1901 con las nuevas instalaciones de la estación de ferrocarril de la Plaza de Armas —con una cubierta similar a la de la Sala de Máquinas de la

³⁶ Trillo de Leyva, M.: op. cit., págs. 41-42.

Exposición de París de 1879— y desde 1902 con las de San Bernardo.³⁷

O sea, que por un claro interés por extraer beneficios de sus atractivos turísticos y con los accesos por ferrocarril recién inaugurados, junto a los supuestamente pronto ultimados muelles de la Corta de Tablada, queda claro que puede hablarse de que en la idea de la Exposición hubo de intervenir también el deseo de forzar una oportunidad para la explotación de un turismo tanto ocasional como permanente.

* * *

Habría que anotar a continuación, como cuarto factor, la preocupación por la defensa del honor local, herido en la crítica generalizada hacia las gentes de Sevilla, su conducta y comportamientos sociales, fruto quizá del éxito de los metecos y de la excesiva divulgación de la tópica imagen folclorista y de la picaresca, ciertas sin duda en la actitud de algunas minorías.

Rodríguez Bernal alude a que las quejas sobre la «mala fama de Sevilla» en el resto de España eran frecuentes entre 1905 y 1910 y a cómo, tal vez por eso, los organizadores de la Exposición de 1905 decidieron que lo exhibido allí fuera de exclusiva procedencia sevillana. Igualmente, recoge los ecos de la prensa examinando dicho certamen en el sentido de que invalidaba aquella consideración ya que, según se dijo, mostró dos realidades : un vecindario laborioso que «trabaja» y se «eleva por el impulso de su propio esfuerzo»; y la falsedad de que en Sevilla sólo existían «cafés cantantes, tabernas, y merenderos; jipíos flamencos, tangos y viejas ricas, gitanos y chulos, majas y matones».³⁸

Por consiguiente, entiendo que, con el orgullo local acosado por continuas censuras, la Exposición Iberoamericana incluyó entre sus móviles el deseo de proteger la dignidad de la población y de exigir respeto a través de la demostración

37 Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, págs. 32-33.

38 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 41-42.

irrefutable de sus méritos y cualidades en una obra de ambiciosos límites. Lo que parece una susceptibilidad máxima en este extremo explicaría asimismo el por qué de la organización de una «Exposición obrera» en 1910 y, por descontado, la dura réplica obtenida por el «inadmisibile» e «insultante» artículo de Julio Cejador, *Excursión filológica*, inserto en «El Imparcial» de Madrid el 9 de abril de 1910, mientras se celebraba la «Exposición obrera». ³⁹

En suma, aporto como factor a apreciar el noble propósito de satisfacer la honorabilidad sevillana con una imagen de eficacia del todo opuesta a la prodigada desde los estereotipos críticos.

* * *

El quinto factor que hago sobresalir proviene de lo urgente de unas reformas urbanas que mejorasen la infraestructura de la ciudad. En este punto los autores se muestran unánimes en indicar que Sevilla padecía en aquellas fechas un pésimo estado sin posibilidades de corrección al carecerse de soluciones inmediatas. Así, Pérez Escolano la califica de «estática», «corta en progreso» y de deplorable «en su higiene»; ⁴⁰ y Villar Movellán, de «insana», de ineficientes servicios públicos y de sobrecogida por el temor a las avenidas del Guadalquivir. ⁴¹

Esta situación explicaría la razón de ser de los planes que surgieron a fines del siglo XIX al objeto de procurar un cierto grado de modernización mediante reformas de diversa naturaleza, con el estímulo de la promulgación de las leyes relativas a los ensanches de Madrid y Barcelona (1892) y a la de mejora, saneamiento y reforma interior de las grandes poblaciones (1895-6), ⁴² ya que —como dice Villar Movellán— en la Sevilla de entonces no se hablaba de «planes de urbanismo, sino

³⁹ Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, pág. 69; y Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 40 y 101.

⁴⁰ Pérez Escolano, V.: op. cit., págs. 36-37.

⁴¹ Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, págs. 72-74 y 93.

⁴² *Ibidem*, págs. 93 y ss.

de reformas urbanas». ⁴³ A este lote de proyectos habría que sumar, además, los antes citados en el capítulo del turismo.

Con todo, la unanimidad de los autores expresa también que la indolencia sevillana paralizó semejantes iniciativas. Es decir, que Sevilla permaneció sin variación alguna incluso después de que Alejandro Guichot —concejal republicano— propusiera y consiguiese del Ayuntamiento en 1904 el patrocinio de un «concurso libre, de memorias expositivas de anteproyectos de creaciones y reformas generales de extensión, urbanización, saneamiento y ornato de la ciudad», que sólo sirvió para la extroversión del mérito de los trabajos de Aníbal González, José Gómez Millán y Vicente Narbona. ⁴⁴

En virtud de este panorama ha de admitirse en lo imperioso de unas reformas urbanas uno de los elementos intervinientes en la convocatoria de la Exposición por cuanto que, dado el aspecto deplorable de Sevilla en aquellas fechas, es muy posible que se viese en el Certamen el procedimiento capaz de modificar la fisonomía de la ciudad en corto plazo conforme a los esquemas del moderno desarrollo urbanístico. Por tanto, no se puede descartar que detrás de la Exposición figurase un hábil intento por capitalizar la atención de los poderes públicos y comprometerlos en Sevilla mediante inversiones destinadas a infraestructura y equipamiento urbanos.

* * *

Al margen de lo especulado hasta aquí y por mucho que participasen en la gestación del proyecto de la Exposición los cinco factores ya comentados, pienso que el sexto fue quizá el que jugó el papel decisivo, por cuanto hizo de agente capaz de consumir la reacción final, el nacionalismo unido a la exaltación de los valores hispanoamericanos. Digo esto, porque, a mi juicio, ninguno de aquellos disponía por sí sólo —e, incluso, en bloque— de fuerza para desatar el entusiasmo colectivo de la población. En sincronía con lo «placentero» de los

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ *Ibidem*, págs. 95, 99 y 112-116.

que Pérez Escolano llama «hábitos cotidianos» de las gentes de Sevilla,⁴⁵ los limitaba su propia racionalidad y la falta de una movilizadora inspiración dogmática. Y es ahí, creo, donde interviene, como plataforma experimental, la fiesta de «España en Sevilla», celebrada del 22 de abril al 3 de mayo de 1908, con su patriótico homenaje de «glorificación» a la bandera.

El carácter político que dominó en semejante ceremonia —alentada por un Rodríguez Caso tal vez más en su condición de comandante de Artillería que como gerente de la fábrica «La Trinidad»— lo ha puesto de relieve a la perfección Rodríguez Bernal. Este autor, examinando el suceso, matiza que «en una España consciente de su crisis interna, que le había impedido retener sus últimas colonias en América y que empezaba a oír voces clamando por la autonomía de algunas de sus regiones, Sevilla se disponía a protagonizar un acto que afianzaría a nivel simbólico una unidad que aparecía problemática». Y subraya: «la finalidad de la Fiesta de la Bandera —que a propuesta del alcalde cambiaría su nombre por el de *España en Sevilla*— no se le ocultaba a nadie y, de hecho, encontramos durante el período de su preparación numerosos artículos y comentarios periodísticos referentes a esa fiesta que constituyen verdaderas apologías de la unidad patria».⁴⁶

En resumen, que pulsados a fondo los resortes de lo sentimental y de lo emotivo en torno al calor del nacionalismo españolista, soliviantado de modo sistemático por la actitud inconforme de los grupos radicales de Cataluña, se propiciaba un clima favorable a la idealización de cualquier empresa avivada por la misma corriente. En este sentido, las palabras de Rodríguez Bernal aportan una explicación aceptable: «si se había conseguido con tanto éxito un acto en el que se había mostrado la unidad de todas las regiones españolas, aunque sólo fuera a nivel simbólico, ¿por qué no tratar de conseguir también la unión de aquellos núcleos hispánicos del otro lado del Atlántico por medio de un certamen que viniera a fomentar los lazos culturales y económicos y mostrara el mundo

45 Pérez Escolano, V.: op. cit., págs. 36-37.

46 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., pág. 52.

hispanico después de haberse diluido irreversiblemente los lazos políticos? Su realización supondría, pues, la aceptación del presente y el desquite apropiado al ignominioso Tratado de París (1898), que tanto pesaba aún en las mentalidades de estos hombres». ⁴⁷ Y José Laguillo lo precisa claramente: «La fiesta célebre llamada *España en Sevilla* dio margen en el pensamiento del comandante de artillería don Luis Rodríguez Caso a la idea de verificar en Sevilla un gran Certamen, aprovechando la próxima fecha del centenario conmemorativo de la independencia de los Estados Americanos. ⁴⁸

Más aún, se me ocurre que en su ánimo debió pesar de alguna manera la situación en América, donde en 1895 Cleveland, resucitando la doctrina Monroe, había proclamado la soberanía absoluta de los Estados Unidos y, desde 1901, Teodoro Roosevelt desarrollaba con energía y de modo implacable el control yanqui sobre las repúblicas del Caribe. También, los logros intrascendentes del Congreso Hispano-Americano celebrado en Madrid a fines de 1900, al que se vio en la esperanza como «el primer jalón colocado para la reintegración de nuestros prestigios en América y de nuestros respetos en el mundo, que con tanto desprecio nos mira actualmente»; ⁴⁹ un Congreso al que la prensa calificó de «rayo de luz» capaz de disolver «las manchas negruzcas que nos envuelven casi por completo» y de punto de partida para recobrar América por «el amor, por el progreso y por las sinceras relaciones intelectuales y mercantiles». ⁵⁰ Asimismo, debieron de pesar, ya en octubre de 1908, las noticias acerca de cómo la visita de unas embajadas comerciales de Colombia, Uruguay y Brasil a España hicieron que la sociedad Unión Ibero-Americana concibiese una reunión de «personajes de altura» al objeto de convenir «las bases de esa gran compenetración de los países de la América latina con España...para lo cual —decía el diario «El Porvenir»— todos debemos trabajar con fe y entusias-

47 *Ibidem*, pág. 58.

48 Laguillo, José: *Memorias*, pág. 284.

49 Vid. *Por el nombre, por la raza y por la lengua*, en «El Baluarte» de Sevilla, 9 de junio de 1900, pág. 1; y *Congreso Hispano-Americano*, *ibidem*, 20 de noviembre de 1900, pág. 1.

50 *Ibidem*.

mo». ⁵¹ De cualquier forma, el testimonio de Ciaurriz clarifica las circunstancias cuando afirma que «en aquella época de calamidades y de dudas, convenía hacer algo que levantase el espíritu nacional /y/ fuimos resueltamente hacia el Certamen Hispano-Americano, porque en sí reunía muchas cosas...». ⁵²

Sevilla, en vísperas del centenario de la independencia de Hispanoamérica, representaba el marco perfecto: su historia, la ubicación en ella del Archivo de Indias y de la Biblioteca Colombina, y la creencia en que estaban depositados en su Catedral los restos de Colón le permitían argüir derechos inquestionables; su fervor nacionalista impregnaba la atmósfera local desde 1908 y podía dilatarse en pro de un hispanoamericanismo polarizador de una aspiración nacional; y en el bascular del presente hacia el pasado, enalteciendo la recuperación de unas riquezas materiales y de una comunidad cultural en óptima armonía, se canalizaba la esperanza respecto de un futuro, que, para la ciudad, la gran protagonista, sólo habría de equivaler a progreso, beneficios de toda índole y mayor ennoblecimiento. La fórmula, una Exposición Internacional Ultramarina o Hispano Americana, clave que abriría una era en las relaciones entre España y su antiguo ámbito colonial, con Sevilla como centro en enlace.

* * *

Acotado lo anterior, resulta fácilmente deducible que el certamen que se sugiere en 1909 y que se oficializa en 1910 ha de comprenderse en directa conexión con los efectos de la «crisis del 98» y con el ambiente propiciado por las entonces tan prodigadas demandas generacionistas. Se sabían las ventajas implícitas en las Exposiciones Internacionales y la necesidad de un desarrollo económico a nivel local y nacional; se aventuraba la reactivación productiva de Sevilla y del Guadal-

⁵¹ *España y América*, en «El Porvenir» de Sevilla, 10 de octubre de 1908, pág. 1. También hubo de pesar la noticia de que en San Sebastián se proyectaba «una expedición comercial a las Repúblicas Iberoamericanas» auspiciada por la Diputación y los círculos mercantiles y de propietarios; Vid. «El Liberal» de Sevilla, 13 de mayo de 1909, pág. 1.

⁵² Ciaurriz, N.: op. cit., págs. 9-10.

quivir como arteria comercial en virtud de la Corta de Tablada, así como las posibilidades de la explotación turística; se exigían la dignificación del honor sevillano y urgentes reformas urbanas; y, por último, vista la inoperancia de la Unión Ibero-Americana de Faustino Rodríguez Sampedro y el fracaso de la Unión Nacional de Joaquín Costa y Basilio Paraiso, el mensaje hispanoamericano sublimaba el arrebató patriótico hacia la revitalización moral y física de España a través de Sevilla, auto-proclamada ésta núcleo directriz del replanteamiento de los vínculos entre lo que fue metrópoli y sus ex-posesiones ultramarinas. Todo esto, creo, se dio cita entonces. En síntesis, la racionalidad de una situación y el eco de un sincero idealismo historicista cargado de añoranzas y de elementos irracionales como desencadenante de la asunción colectiva de la empresa.

Sobre el tema, además de las citas del periodista José Laguillo y de los profesores Villar Movellán y Trillo de Leyva,⁵³ la justificación perfecta se halla en el texto de la carta que la denominada «Comisión Iniciadora» —con Luis Rodríguez Caso a la cabeza —remitió en julio de 1909 a Rodríguez Sampedro, presidente en Madrid de la Unión Ibero-Americana, aduciendo los derechos de la capital hispalense. En sus párrafos se argumentaba: «Sevilla... fue pasados siglos el centro más importante de nuestras relaciones y negocios con las Indias... Sevilla, que guarda en su suntuosa basílica los restos del inmortal genovés y que encierra en sus Archivos de Indias y Biblioteca Colombina la historia y los títulos de propiedad de los pueblos americanos, quiere y anhela aproximarse a ellos con toda la fuerza de su larga tradición. Por su calidad de puerto interior en la costa más cercana a las playas americanas y porque se está habilitando, mediante la Corta de Tablada, para recibir grandes buques transatlánticos, nuestra ciudad está llamada a ser —como lo fue en tiempos pasados— la puerta principal de relaciones y negocios con los pueblos americanos que a España pertenecieron. El rápido desenvolvimiento de la industria sevillana y de sus negocios de exportación en los pueblos

⁵³ Laguillo, José: *La Exposición...*, en «ABC» de Sevilla, 5 de mayo de 1979; Villar Movellán, A.: *La Arquitectura del Modernismo*, págs. 8-9; y Trillo de Leyva, M.: *op. cit.*, págs. 35-36.

de América ofrecen ya la base de una positiva, de una comunidad de intereses perfectamente armónicos con los efectos y las aproximaciones debidas a la tradición y a la Historia». ⁵⁴

De seguro, quedaría ahí formalizada la plataforma sobre la que se articuló en sus orígenes la Exposición Iberoamericana.

* * *

El recorrido por los factores engarzados en la gestación del Certamen de 1929 no puede concluir sin señalarse uno, el séptimo, puesto de relieve por Rodríguez Bernal con plena autoridad: la actitud de la prensa en favor de la culminación del proyecto. De hecho, el no contabilizar esta cuestión significaría ofrecer un enfoque incompleto de lo sucedido, pues a nadie escapa la influencia entonces de los órganos periodísticos tanto en su calidad de representantes de la opinión de determinados sectores sociales como en función de condicionantes de lo que, en términos generales, calificamos de «opinión pública».

Consta que la prensa hispalense censuró siempre el quietismo y la lentitud que dominaban en Sevilla; que acogió con simpatía las iniciativas orientadas a la mejora de la ciudad; e, igualmente, que calificó de éxito los logros de la Exposición de «Productos Sevillanos» de 1905 y que sensibilizó a la población acerca de los actos de la fiesta de «España en Sevilla», en 1908. Por tanto, parece actuaba atenta a presionar sobre la opinión fomentando reacciones críticas o elogiosas dentro de un marco localista muy estrecho. Como poder, su fuerza debía valorarse de modo notable y más su capacidad de motivación popular en pro o en contra de cualesquiera eventualidades.

Con independencia de lo que manifiesta José Laguillo en sus *Memorias*, ⁵⁵ es Rodríguez Bernal quien profundiza en la cuestión para la etapa 1905-1914. Establece que Rodríguez Caso y los miembros de su tertulia utilizaron frecuentemente

⁵⁴ Ciaurriz, N.: op. cit., págs. 23-24.

⁵⁵ Laguillo, José: *Memorias*, págs. 284 y ss.; también Ciaurriz, N.: op. cit., pág. 13 y Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 62-63.

la prensa para divulgar sus criterios y gestiones y que el discurso de aquél el 25 de junio de 1909 «fue tratado por los diarios como una noticia sensacional, merecedora del más amplio despliegue informativo». Aclara, en esencia, que «El Noticiero Sevillano», «El Liberal», «El Correo de Andalucía», etc. actuaron desde los meses de junio y julio de 1909 con absoluta entrega y fidelidad al indicado mensaje, hasta el extremo de que «si bien la acogida oficial al proyecto de la Exposición Hispano-Americana durante los primeros días de su vida pública fue un tanto protocolaria, la prensa constituyó un constante acicate para la puesta en marcha de los trabajos necesarios para su realización y emprendió la tarea de condicionar positivamente a la opinión pública respecto de la ejecución del Certamen». ⁵⁶

Sobre esta base llegó al convencimiento de que, sensacionalizado por la Prensa y con el conjunto de factores coincidentes en su trasfondo, el reto de la Exposición, pese a su innegable idealismo, habría de ser —como lo fue— secundado por Sevilla y convertido en foco esperanzador de regeneración local y nacional. La prueba, en el título a toda plana y en portada de «El Correo de Andalucía» del 26 de junio de 1909: «Un gran proyecto. POR SEVILLA Y PARA ESPAÑA. Exposición Hispano-Americana en nuestra Ciudad».

* * *

Cohesionados ya los que considero condicionantes en el origen de la Exposición, ha de concederse su justo mérito a la imaginación, perseverancia y entusiasmo personales de Luis Rodríguez Caso, el audaz promotor de la empresa a lo largo del bienio 1909-1910. Se sabe que en enero de 1906 conoció se reclamaba para Madrid un certamen Hispano-Americano y que las consultas mantenidas por él con los líderes políticos locales (el conservador Ibarra, el liberal Rodríguez de la Borbolla y el republicano Montes Sierra) en 1909 a fin de comunicarles su idea sólo le depararon desengaños. ⁵⁷ Y algo muy

⁵⁶ Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 71 y ss.

⁵⁷ Ibídem, pág. 63; y Ciaurriz, N.: op. cit., págs. 10 y 14-16.

importante en su figura es que, en el riesgo de la desconfianza y el fracaso, en gesto público de fidelidad a sí mismo, pronunció el 25 de junio de 1909 el discurso en Capitanía General instando a la celebración en Sevilla de una Exposición Hispano Americana entre el 1.º de abril y noviembre de 1911, de acuerdo con cuatro puntos básicos: a) emplazamiento: en el Prado de San Sebastián, Jardines de Catalina de Rivera, Parque de María Luisa, Huerto de Mariana y Paseo de las Delicias; b) edificios: los permanentes (de ulterior uso social) y, de cualquier forma, un bloque de siete pabellones nacionales a más de los americanos, los de las posesiones españolas en Africa, un casino y un hotel; c) objetivos: el beneficio recíproco para España y sus antiguas posesiones coloniales en lo político, cultural, económico e, incluso, en lo militar mediante la conexión a través de una Sevilla engrandecida por los frutos del reencuentro con su destino histórico; d) responsabilidad directora: en una comisión bajo el amparo de las autoridades hispalenses.⁵⁸

Existe la certeza de que recibido el mensaje con frialdad por los asistentes a aquel acto, fue, sin duda, la conducta de la prensa la que precipitó los acontecimientos. A partir de esa fecha, el proceso del proyecto de la Exposición penetraría en su primera fase hasta octubre de 1910, con dos etapas, cuyo contenido sintetizo a continuación según lo reflejado en su estudio por Rodríguez Bernal.

* * *

La primera, hasta la última semana de julio de 1909, vendría a canalizarse del siguiente modo. En principio, manifestadas por los órganos periodísticos las dificultades a superar y la necesidad de mejoras urbanas si se pretendía conducir la empresa satisfactoriamente, son los cónsules hispano-americanos acreditados en Sevilla, el alcalde (don Joaquín Haro), el Centro Mercantil, el Consejo de Agricultura y el director del Banco Hispano-Americano las personalidades e instituciones que expresan su adhesión a la idea (28 junio-2 julio

⁵⁸ Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 64-69.

1909). También, el líder de los liberales, don Pedro Rodríguez de la Borbolla, pese a admitir los obstáculos a salvar, lo hace (30 junio). Al poco (5 julio), se produce la inicial reacción positiva del Gobierno. Y días después (7 al 10 julio), con ese patrimonio a su favor, los miembros del grupo de Rodríguez Caso, considerados «Comisión Iniciadora», reclaman con urgencia la modernización de los servicios públicos, edificaciones y obras de infraestructura; e intensifican sus contactos con representantes de la Industria y el Comercio, sin desatender su participación en la campaña de prensa. Así las cosas, se ve cómo en jornadas de creciente expectación, en el pórtico de los esfuerzos primarios, la negativa del Gobierno por decisión del ministro La Cierva a oficializar el proyecto al saber que su entidad se planteaba Hispano Americana y no regional (13 julio) politiza la cuestión, desata la réplica sevillana y contribuye sin proponérselo a la movilización del respaldo popular.

En efecto, desvelada la opinión gubernamental, partidaria de la localización en Madrid del certamen Hispano Americano, se prodigan las acusaciones de ineficacia a la política sectaria de los profesionales del poder y al centralismo madrileño, presuntos responsables de la situación sevillana. Al unísono, la propaganda sobre los derechos irrefutables de la capital andaluza se acentúan, buscando, de una parte, la conformidad de Rodríguez Sampedro y, de otra, el despertar la ilusión en los sectores productivos de la población mediante el inyectarle la sincera creencia en las ventajas de una muestra de ese carácter. Es ahora cuando la «Comisión Iniciadora» formula un «llamamiento al pueblo de Sevilla»; plantea al gobernador lo que la Exposición significaría cara a la resolución del problema obrero ; se ve secundada por la minoría republicana del Ayuntamiento, liderada por Diego Martínez Barrio, que consigue la aprobación en el Pleno Municipal de una moción solicitando la intercesión de Diputados y Senadores ante el Gobierno; y recibe la adhesión de la Unión Comercial, la Casa del Pueblo, la Junta de Reformas Sociales y la Unión Gremial (13-16 julio). De hecho, estimulados por el fruto de su gestión, Rodríguez Caso y su grupo cierran el capítulo de sus primeros pasos con una iniciativa hábil y demasiado arriesgada: el empla-

zar al Ayuntamiento ante la opinión pública al objeto de que asumiera el propósito de la culminación del proyecto (17 julio); o sea, comprometer al máximo al estamento político de los partidos dinásticos en la empresa para forzar la presión sobre Madrid.

El éxito en esta última operación no llegó. Pero lo cierto es que la Prensa —en especial «El Liberal» y «El Correo de Andalucía»— mantuvo su lealtad a aquella causa con entrevistas a veintiuna personalidades entre «cuantos son y representan algo en Sevilla» y una encuesta en cincuenta y nueve órganos de información americanos (16 julio), a la par que se extrovertían nuevas adhesiones obreras (25 julio). Por contra, los sucesos de la guerra de Africa y los graves conflictos socio-políticos suscitados en varios puntos de España eclipsaron a mediados de julio de 1909 el interés general por el proyecto, que, sin el placet gubernamental, languideció visiblemente hasta febrero de 1910.⁵⁹

En sí, el contenido de esta primera etapa debe ser valorado en su real trascendencia. Rodríguez Caso y la «Comisión Iniciadora», en virtud de la idea de una Exposición Hispano Americana, habían conseguido sensibilizar a las gentes de Sevilla en torno a una misión colectiva presentada como determinante de sustanciosos beneficios sociales. Las razones históricas, el nacionalismo hispanoamericano, la reactivación económica, la garantía de trabajo, la motivación para las reformas urbanas, etc. conjuntaban una argumentación difícil de rebatir y frente a la que los políticos, el Municipio y el Gobierno quedaban inermes habida cuenta la aceptación del elemento popular. Se prodigó la imagen de una Sevilla capaz, orgullosa, dispuesta a la regeneración. El ministro La Cierva, con su negativa, prestó su colaboración de modo inconsciente. En suma, vendría a evidenciarse una realidad quizá imprevista: que a quienes no pertenecían a los cuadros del poder les resultaba un triunfo convulsionar a la ciudad, unir fuerzas sociales en el afán de superación hacia un futuro quimérico idealizado en los rasgos de la Sevilla pretérita y contribuir patrióticamente

⁵⁹ *Ibidem*, págs. 69-96.

a una obra de integración internacional. En esto consiste, a mi juicio, el significado de esta etapa.

* * *

El segundo momento de esta primera fase se cubriría de febrero a octubre de 1910. Ciertamente, su punto de partida se localiza en el *¡Alerta sevillanos!* publicado por «El Liberal» el 7 de febrero. En aquel artículo se daba la voz de alarma sobre que Rodríguez Sampedro, reconociendo la incapacidad madrileña para organizar la Exposición Hispano Americana, no se oponía a que la celebrase Bilbao y, con emotivos términos, se instaba al vecindario hispalense a que repitiera su gesto de 1909 como instrumento de presión sobre Madrid. Ciaurriz dice que la acción bilbaina se supo en Sevilla en noviembre de 1909 y, sin embargo, Rodríguez Bernal apunta que fue en virtud del texto del diario de Laguillo, en calidad de agente motriz del sentimiento del honor herido, cuando la respuesta sevillana se procuró, reavivando de inmediato el localismo entusiasta experimentado el año anterior. Según expresa este autor, el efecto de aquel golpe periodístico se tradujo en la repetición del clamor de 1909, engarzados el sentir de los miembros de la «Comisión Iniciadora», el anhelo popular y el favor de la prensa en un cuerpo, cuya fortaleza creció al incorporársele decisivamente el nuevo alcalde, el liberal don Antonio Halcón.⁶⁰

Resulta innegable —lo destaca Villar Movellán—⁶¹ que el esfuerzo común de Rodríguez Caso (las ideas) y Halcón (el poder municipal) fijó entonces el eje del proceso. De hecho, la reunión en la Alcaldía el 20 de febrero permitió la construcción de una célula negociadora cara a Madrid, sobre la base de un presupuesto (5.765.000 ptas. de gastos y 6.100.000 ptas. de ingresos), un emplazamiento (el área de las Delicias y La Palmera), una fecha (1912) y un interlocutor responsable (una «Comisión Gestora» como órgano provisional y tran-

60 *Ibíd.*, págs. 101 y ss.

61 Villar Movellán, A.: *Arquitectura del Regionalismo*, págs. 186.

itorio a sustituir luego por un Comité Ejecutivo de personalidad definitiva). Así, el primer contacto con el Presidente del Consejo de Ministros, José Canalejas, a la sazón en Sevilla (21 febrero 1910), no se hizo aduciendo meras abstracciones, sino argumentos minuciosos, que ganaron solidez conforme, entre el 3 y el 13 de marzo, Halcón y la «Comisión Gestora» extrajeron nuevos respaldos: económicos (1.000.000 ptas. del Ayuntamiento y 600.000 ptas. de la Diputación), técnicos (la redacción de una Memoria del proyecto de la Exposición, obra de Rodríguez Caso, Quesada y Aníbal González) y populares e institucionales (apoyos de la Unión Comercial, Unión Gremial, sectores obreros, la Iglesia y los «mayores contribuyentes de la ciudad»).

Con todo eso, estaba claro que se podía requerir el asentimiento de Canalejas y, en último extremo, la protección del Rey, huésped de Sevilla en aquellos momentos. Y he ahí que, por segunda vez, la conducta gubernamental, con la negativa del Presidente del Consejo a la solicitud de audiencia a Alfonso XIII, actuó al servicio de la causa hispalense: permitió al Alcalde Halcón convocar al vecindario a una manifestación ante el monarca —multitudinaria al decir de las crónicas periodísticas—, acceder junto con la «Comisión Gestora» a una entrevista con él y recibir de su persona tan favorable acogida como para acentuar las esperanzas de pronto éxito (14 marzo).

A la luz de esto, el talante de Sevilla, unida en torno a un proyecto de Exposición remitiendo su voz al Rey, ha de entenderse como acontecimiento capital. En concreto, la manobra da pie al viaje a Madrid de una comisión encabezada por Halcón que, recibida con cordialidad por un Canalejas condicionado por el gesto de Alfonso XIII y tras llegar a un acuerdo con los bilbainos gracias a la mediación de Tomás y Fernando Ibarra y de Torcuato Luca de Tena, obtiene el triunfo de la concesión de la Exposición para 1914 por parte del Gobierno, al objeto de hacerla coincidir con la inauguración de la Corta de Tablada (19 marzo). A partir de ese instante, en medio de un triunfalismo desmedido, se afrontan los requisitos legales necesarios para el visto bueno oficial: la obtención de recursos financieros mediante suscripciones populares y el auxilio eco-

nómico de entidades públicas y privadas; la confección de un plan de la Exposición y de un presupuesto; y la fijación de un organismo responsable del 50% de los gastos y del posible déficit, organismo que resultó ser el Ayuntamiento una vez aprobada por el Pleno municipal y por unanimidad, en medio de la euforia capitular, la moción del alcalde Halcón en ese sentido (3 junio).

Con ese respaldo, en una segunda visita a Madrid, Sevilla consigue el placet gubernativo final, a más de una subvención de 3.000.000 de pesetas del Estado (20 junio). Es ahora cuando, mientras se rechazaba la propuesta de una empresa de Seguros gaditana, «La Previsión Andaluza», para hacerse cargo del montaje y explotación del certamen, el trasvase del proyecto se opera de los círculos populares de la «Comisión Iniciadora» o «Comisión Gestora» a la Sevilla oficial, con el compromiso adquirido ante la propia ciudad, España e Iberoamérica. No debe extrañar, por tanto, que, en medio del recelo hacia la posible ineficacia de los políticos locales y con cierto desánimo general, fije ahí, en el reto hacia un Comité Ejecutivo creado el 17 de octubre, el principio de otra fase de lo que después culminó en 1929.⁶²

* * *

Vista tan profusa serie de hechos y de consideraciones, pienso que esta síntesis quedaría incompleta sin plantear el tema de qué hubo de realidad y de utopía en lo sucedido sobre la idea de la Exposición entre 1905 y 1910. Como episodio histórico de naturaleza específica, el origen del Certamen conduce a esa interrogación y a una respuesta nada fácil. Realmente, la cuestión posee sus precedentes, pues algunos autores han emitido ya ciertos juicios al respecto. Por ejemplo, González Dorado afirma que al elucidarse el proyecto se asistió «al nacimiento de la nueva Sevilla»;⁶³ Nicolás Salas lo califica de «espejismo»;⁶⁴ y Trillo de Leyva advierte que la «idea nació

62 Rodríguez Bernal, E.: op. cit., págs. 101-152.

63 González Dorado, A.: op. cit., pág. 353.

64 Salas, Nicolás: *Sevilla...*, págs. 208-209 y 230-241.

dentro de un objetivo general de desarrollo económico» sobre la base de unas «funciones secundarias» —las reformas urbanas y el turismo— y con la «novedad» en la convocatoria del hispanoamericanismo.⁶⁵ Mas, de cualquier modo, el problema radica en la propia complejidad del caso, que obliga a una breve matización.

A mi entender, desde cuanto se estudia en estas líneas, la realidad de lo acontecido parece debe concretarse en los siguientes puntos. En primer lugar, en lo que Sofía de la Vega llama «el poder de una tertulia»;⁶⁶ es decir, en la fuerza del grupo de hombres afecto a Rodríguez Caso, que, convencido de lo inaplazable de una quiebra del quietismo sevillano, buscó motivar a la ciudad hacia un camino de regeneración colectiva a través de la vía de una Exposición Internacional. Esto resulta evidente y lo confirman los datos. Estimo que fue sincera su fe en la fórmula elegida, puesto que, comprobado lo supuesto por otros «ensayos», había de garantizar: a) las inversiones capaces del despegue económico y de la solución del paro obrero sin una falla estructural fuente luego de conflictos sociales; b) la proyección seria y definitiva del carácter turístico de la capital, a más de profundas reformas urbanísticas.

En segundo lugar, creo asimismo verosímil en su realidad el deseo de dignificar el herido honor local y la pasión por un nacionalismo que, desde su plataforma historicista y no ajeno a un patriotismo localista, les llevó a defender la imagen de una «Sevilla posible» en el reencuentro con un destino conferido merced a su pretérita condición de centro europeo del comercio indiano. En tercer lugar, la eficaz acción de la prensa en su doble función de portavoz de los sectores de opinión y de elemento condicionante de actitudes adoptadas de inmediato individual, institucional o masivamente por el vecindario. En cuarto lugar, observo la clara visión experimentada desde el inicio del proceso en torno a la fecha y emplazamiento de la Exposición; en una Sevilla de usos inamovibles hacía años y circunscrita a un recinto detenido en el tiempo, el decidir la

65 Trillo de Leyva, M.: op. cit., págs. 50-51.

66 Vega Benayas, Sofía de la: op. cit., pág. 70.

inauguración coincidente con las fiestas primaverales para aprovechar la dinámica del turismo y la acotación del espacio comprendido entre el segmento de la Corta de Tablada y el eje Prado de San Sebastián-Paseo de Catalina de Rivera, con la ventaja adicional del Parque de María Luisa localizado en esa superficie, era lo más oportuno, como se demostró después.

Por último, habría que conceptuar de realidad tangible la asunción popular del proyecto, con el sufragio de unas suscripciones en régimen de aportación económica como prueba de la esperanza depositada en él incluso por las capas más modestas de la población. También, la convicción de la «Comisión Iniciadora» de que, pese a esa asunción popular, sólo el respaldo del Municipio y del Estado podía hacerlo viable en razón a los objetivos primarios perseguidos. Quiero referir con ello que, según deduzco, lo popular, con toda su importancia, jugó más el papel de pieza de presión que el de promotor de la trama. De todas formas, aprecio que la realidad fehaciente se sitúa en el contraste entre dos opiniones. Una, la de Luis Palomo en 1904: «Sevilla yace dormida, si...pero en lecho de muerte». ⁶⁷ Otra, la del periodista José Laguillo, en 1930: «La idea de la Exposición...no podía tardar mucho en cristalizar como cristalizó en 1909. Fue aquella idea un poderoso aglutinante, y a su poder de imantación y de sortilegio hay que atribuir los primeros espasmos ciudadanos que removieron las energías dormidas...Así, el proyecto americanista se convirtió en foco y arranque de una política en lo porvenir». ⁶⁸

Ahora bien, si lo real se halla en los fundamentos y en la acción, ¿dónde aparece lo utópico? Con la cautela que la cuestión exige, pienso que el tratamiento de esta faceta requiere se tenga en cuenta que «utopía» equivale a «lugar que no existe y no puede existir»; que es algo producto de la distancia entre el mundo de las ideas y el mundo sensible, siempre en coyuntura de «crisis»; que busca hacer felices a los ciudadanos en la medida de una comunidad perfecta en el goce y disfrute de bienes y servicios; y que se plantea como reivin-

67 Vid. «El Noticiero Sevillano», suplemento de 1 de enero de 1902. Cfr. González Dorado, A.: op. cit., pág. 344.

68 Laguillo, José: *La Exposición...*, en «ABC» de Sevilla, 5 de mayo de 1979.

dicación, prefigurando el concepto de colectivo social hasta el extremo de elevar su razón a la categoría de razón de Estado.

Si se aceptan estos predicamentos, habría que admitir que el proyecto de la Exposición, en su concepción y en su trayectoria inicial, presenta un particular carácter utópico, que se advierte en varias evidencias. Ante todo, en la visión del Certamen como panacea que, por sí sola, resolvería los problemas de Sevilla, su crítica y secular decadencia; es la mitificación de la fórmula exposicional, en postura bien alejada de aquella más precisa que hubiera nacido del análisis riguroso de las capacidades y limitaciones de la situación sevillana, española e internacional. Por tanto, en el combate contra el inmovilismo mediante la oferta de retroceder a una Sevilla inexistente —la del esplendor de los siglos XVI y XVII— para, desde ella, avanzar hacia un futuro hipotético, erigida la ciudad —el conjunto comunitario— en núcleo imperecedero de fusión de un mundo hispánico abierto entonces a una nueva era fraternal y de sustanciosos beneficios. Vendría a ser el empleo de la Historia como elemento de enlace y ruptura a la vez con el binomio presente-pasado, forzando al reto a los poderes públicos que, hasta ese momento, no mostraban síntomas de incorporar el valor de esa filosofía dentro de sus programas políticos.

En idéntico sentido, el componente utópico se exterioriza en la cifra del primer presupuesto (5.765.000 ptas.) y en la precipitación de fechas (1911, 1912 y 1914), así como en el afán de quienes creyeron en la posibilidad de ejecutar el proyecto con sólo las fuerzas sevillanas y de quienes obraron pensando era viable mantener de modo indefinido la exaltación del nacionalismo hispano-americano sin compensaciones materiales a corto plazo. Quizá esto explique el porqué de las citadas fechas.

Finalmente, en la directriz regeneracionista; el criterio de que, a través de una Exposición de esa naturaleza, Sevilla —y desde Sevilla, España— operaba un resorte con suficiencia como para penetrar toda la nación en un rumbo indefectible, venturoso, moralizante, de recuperación incluso internacional. Es el ir hacia la solución de una variedad de problemas

o hacia una variedad de soluciones de un mismo o único problema partiendo de un solo principio. Es la «amable fantasía» que destaca José Laguillo⁶⁹ o el «Por Sevilla y para España» de «El Correo de Andalucía» del 26 de junio de 1909. En sí, un mensaje regeneracionista procedente de la «crisis del 98», pero no el único. No se olvide que meses antes, en mayo de 1909, Mario Méndez Bejarano, en su discurso en los Juegos Florales de la capital hispalense, había apuntado la significación de los valores regionales andaluces⁷⁰ y que, poco después, por iniciativa de otros, el regionalismo andaluz manifiesta también desde Sevilla sus comienzos como opción regeneradora; el «Andalucía por sí, para España y la Humanidad».

En resumen, que lo utópico se concentraría en parte de lo real del proyecto; en la idealidad de unos procedimientos insuficientes y de unos objetivos imposibles. Quizá, la aceptación de que la búsqueda del «paraíso perdido» se frustraba en la experiencia del cotidiano existir condicionara el futuro del proceso en la fase iniciada en octubre de 1910.

* * *

En definitiva, he aquí una modesta reflexión personal acerca de lo que el origen de la Exposición Iberoamericana supuso. Si en los precedentes párrafos he aportado alguna luz a la comprensión del tema, el propósito que la animó se habrá saciado.

69 Vid. nota 10.

70 El discurso de Mario Médez Bejarano lo reprodujo íntegro «El Liberal» de Sevilla, 6 de mayo (págs. 1 y 2) y 7 de mayo de 1909 (pág. 1). Sobre este pronunciamiento vid. Ruiz Lagos, Manuel: *El Andalucismo militante*, Jerez de la Frontera, 1979, págs. 17-20.